



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ Y LA GUERRA EN GAZA DE DICIEMBRE DE 2008:

LA DIMENSIÓN REGIONAL

Marta Tawil

De manera similar a lo que ocurrió durante la guerra israelí contra Líbano y Hezbollah en 2006, la guerra de 22 días acaecida en diciembre de 2008 por el Estado de Israel contra el territorio de Gaza, oficialmente dirigida contra HAMAS,¹ la batalla polarizó a la región del Oriente Próximo entre los aliados “moderados” de Estados Unidos y los actores “radicales” que se resisten a los intereses de los primeros. Desde los años setenta, el peso de los actores regionales en la dinámica de seguridad y conflicto en el Oriente Próximo, cuyo componente esencial es el problema palestino, se ha manifestado siguiendo dos patrones: a) algunos países árabes se agrupan en coaliciones informales, a veces llamadas “ejes”; b) a título individual, Estados clave considerados potencias medias desempeñan un papel determinante en busca del liderazgo: Egipto, Arabia saudita, Siria e Irak. A partir de 1990, este último país fue excluido del sistema regional de seguridad y perdió su capacidad de incidir de manera efectiva en la evolución del conflicto palestino-israelí, mientras que un país no árabe, Irán, tomó progresivamente su relevo.

Particularmente desde la ruptura del orden regional provocada por la caída de Bagdad en 2003, las posiciones de los actores regionales cercanos al conflicto palestino-israelí se ven fuertemente condicionadas por la influencia de parámetros

¹ HAMAS (Movimiento de Resistencia Islámico) es un grupo de oposición palestino de carácter nacionaista y de ideología islamista que surgió en 1987 durante la Primera Intifada en los territorios palestinos ocupados. Nunca ha formado parte de la OLP, se opuso a los acuerdos de Oslo y su carta constitutiva niega el reconocimiento a la existencia del Estado de Israel. En sus primeros años, HAMAS sostendrá que el futuro Estado palestino sería islámico; sin embargo, en años posteriores moderó esa retórica religiosa. En sentido estricto, el islamismo, cuya principal corriente la representa la Hermanidad Musulmana nacida en Egipto en 1928 y organizaciones afiliadas, es la ideologización política del Islam sobre el modelo de las grandes ideologías políticas del siglo XX. La era islamista devotó verdaderamente después de la guerra de 1973, apoyada por Arabia saudita y otros países exportadores de petróleo. Adopta una estrategia reformista de transformación progresiva de comportamiento de individuo, del Estado y de la sociedad, mediante la integración al marco político-legal existente. La era islamista que floreció entre los años setenta y el nuevo siglo fue un reflejo revelador de las condiciones que conoció la región una generación después de las independencias y, en particular, después de la derrota árabe frente a Israel en 1967.

comunitarios y religiosos -estos últimos dominados por el referente islamista- y por el vacío regional de poder y legitimidad. No obstante el impacto desproporcionado que los dirigentes árabes han tenido (y siguen teniendo) en el conflicto palestino-israelí, sus régimeness desgastados ya no cuentan con la misma capacidad de alejar el ámbito interno del contagio de los acontecimientos regionales que demostraron en el pasado, ni de impedir a sus propias poblaciones, por lo menos a sus sectores más activos, toda influencia en la formulación de la política hacia la región y hacia el conflicto palestino en particular. Si las estructuras internas del poder pueden explicar en parte la incapacidad de los países de la región de contribuir a generar confianza o edificar instituciones para la cooperación con miras a solucionar el conflicto, sus posturas también son el resultado del papel que han desempeñado las grandes potencias del sistema internacional en crear y mantener las divisiones entre ellos.

LA CRISIS PALESTINA COMO “CARTA DE NEGOCIACIÓN”

En el conflicto prolongado que enfrenta a israelíes y palestinos, las superpotencias Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría, y posteriormente Estados Unidos como potencia hegemónica junto con sus aliados en la Unión Europea, han integrado en sus cálculos a los países de la región cuando consideran que tienen un peso suficiente para influir en la evolución de la crisis y la negociación. Por un lado está Israel, como potencia nuclear y pieza central de la estrategia norteamericana, y cuyos interlocutores privilegiados son Egipto y Jordania, con quien firmó un acuerdo de paz en 1979 y 1994 respectivamente (Israel también acepta la mediación

de Arabia Saudita, aliada de Estados Unidos). Las grandes potencias también toman en cuenta las reacciones de Siria y su capacidad de influir en la evolución del conflicto. En ese marco, el movimiento palestino, internamente fracturado, sigue enfrentando la dificultad de reconstruir su identidad en una escena regional heterogénea, fragmentada en una multiplicidad de actores y crisis difícilmente susceptibles de solucionarse de manera separada de las demás, y sin posibilidad de recurrir al multilateralismo.

Siria, último representante estatal del conflicto árabe-israelí, no tiene un acuerdo de paz con Israel (el cual ocupa desde 1967 el territorio sirio de los Altos del Golán).² El hecho de que Israel siga ocupando territorio sirio condiciona la agenda de Damasco. El régimen sirio aspira al liderazgo regional con base en la reivindicación de ese territorio pero no puede hacerlo sin la ayuda de otros países. Ese dilema la ha llevado a interferir en las crisis regionales de manera que ni sus vecinos ni las grandes potencias lo ignoren y excluyan como interlocutor regional.

En la estrategia de Damasco se observa una continuidad en el objetivo de construir “ejes” para contener o prever la formación de otras coaliciones activamente o potencialmente hostiles. Durante el decenio de los noventa, Siria, Egipto y Arabia Saudita desplegaron un activismo diplomático reflejado en múltiples cumbres tripartitas destinadas a presentar

2 Desde 1979, Siria se encuentra en la lista negra del Departamento de Estado norteamericano acusada de albergar grupos como HAMAS, Jihad islámica, el Frente Popular para la Liberación de Palestina y el Fatah-Intifada. Contrariamente a la de sus dos socios árabes, Egipto y Arabia Saudita, la política exterior de Siria siguió fuertemente permeada por la ideología del arabismo. Después de participar en la conferencia multilateral inaugural para la paz realizada en Madrid (octubre de 1991), Siria entró en negociaciones bilaterales para la paz con Israel, con la mediación norteamericana. Las negociaciones se estancaron en 1996, y terminaron abruptamente en 2000. Sobre las negociaciones israelíes véase, por ejemplo, Patrick Seale, «The Syria-Israel Negotiations: Who is Telling the Truth?», *Journal of Palestine Studies*, vol. 29, n. 2, 2000, 65-77; Itamar Rabinovich, *The Brink of Peace. The Syrian-Israeli Negotiations*, Princeton, Princeton University Press, 1999; Clayton E. Swisher, *The Truth About Camp David. The Untold Story About the Collapse of the Middle East Peace Process*, New York, Nation Books, 2004.

iniciativas para desbloquear el proceso de paz árabe-israelí y avanzar en la institucionalización del diálogo regional. Considerado como guardián de un cierto equilibrio regional, este “eje” tripartita se fragmentó en 2001 y recibió el tiro de gracia en 2003. Progresivamente, El Cairo y Riad fueron más reticentes a aceptar las reivindicaciones de Siria, mientras que Damasco ha buscado, con nuevos aliados o socios, reconquistar su postura de negociación frente a Israel y Estados Unidos, quien con George W. Bush dejó de considerar a Damasco un interlocutor.

Después de los ataques terroristas contra las Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001, la nueva estrategia norteamericana formulada por el equipo neoconservador en Washington, encabezado por George W. Bush, estructuró progresiva e inevitablemente las relaciones de los países árabes entre ellos y con el exterior, y redujo su margen de maniobra en política exterior en general, y hacia el conflicto palestino-israelí en particular. Una de las primeras manifestaciones de ello fue la cumbre árabe de Beirut de marzo de 2002, que se convirtió en el escenario de diferencias de fondo entre los representantes de Siria y Líbano, de un lado, y los demás países como Arabia Saudita.³ A medida que Siria pretendía a un mayor activismo diplomático, corría el riesgo de pagar el precio del aislamiento si sustentaba su diplomacia en iniciativas demasiado alejadas de las opciones de sus vecinos. Esta condición condujo progresivamente a Damasco a activar una retórica como marco normativo de sus relaciones regionales, único medio que le permite, sin grandes riesgos, contener la distancia que la separaba progresivamente de sus antiguos socios árabes como Egipto y Arabia Saudita. Así por ejemplo,

³ Dina Ezzat, “Aligning inter-Arab boundaries”, y, del mismo autor, “A Taste of Thyme”, *Al-Ahram Weekly*, 28 de marzo-3 de abril de 2002, n.º. 579, 2002.

a finales de marzo, Siria condenó la reocupación de facto de Cisjordania por el ejército israelí. Pero si Bashar al-Asad acusó a Israel de practicar un “nuevo nazismo”, el apoyo sirio a los grupos de oposición palestinos fue limitado. Asad se unió a las condenas formales del presidente egipcio Hosni Mubarak y del príncipe Abdala de Arabia Saudita (reunión de Sharm al-Sheij del 10 de mayo de 2002) de “toda forma” de violencia y de los ataques suicidas palestinos contra la población civil israelí.⁴

En el tema palestino, a partir de 2004 Siria disputa a Egipto y a Jordania el papel de intermediario presentándose como un socio constructivo del nuevo liderazgo palestino encabezado por Mahmud Abbas, quien fue elegido a la presidencia de la Autoridad Palestina en enero de 2005. Así lo ilustra el papel que Damasco desempeñó en el cese al fuego entre israelíes y palestinos negociado el 8 de febrero de 2005 (acuerdos de Sharm al-Sheij), en el acercamiento entre Mahmud Abbas y uno de los dirigentes del brazo político de HAMAS en exilio en Damasco, Jaled Meshal,⁵ o en la declaración de El Cairo del 17 de marzo de 2005 que marcó la entrada de HAMAS al sistema político palestino.⁶ Se trató de un verdadero giro en las relaciones sirio-palestinas, ya que en el pasado los intentos de Siria de limar asperezas con Yaser Arafat se inscribían siempre en un contexto de degradación de las relaciones entre palestinos e israelíes (como en las crisis de 1996, 2001, 2003-2004). Por el contrario, presionado por la administración Bush y el aislamiento internacional impuesto a Siria desde la resolución

4 Christopher Hennner, “I told you so: Syria, Oslo and the al-Aqsa Intifada”, *Middle East Policy*, vol. 10, n. 3, 2003, pp. 121-135.

5 Al-Hayat, 22 de enero de 2007.

6 En el diálogo de El Cairo participaron trece facciones palestinas así como el entonces viceministro sirio de asuntos exteriores, Wadih al-Mouallim. En mayo, varios grupos palestinos, como Fatah, hamás, Jihad Islámica y el Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General se reunieron en Damasco para dar seguimiento al acuerdo del Cairo (AFP, 23 de mayo de 2005).

1559 del Consejo de Seguridad de la ONU (septiembre 2004), Asad se acercó a un liderazgo palestino, el de Abbas, que había optado claramente por satisfacer las exigencias de Israel y Estados Unidos.

Sin embargo, Damasco no abandonó a los grupos de oposición palestinos como HAMAS, lo cual le permitió incidir de manera constante en las negociaciones palestino-israelíes y en el diálogo intra-palestino. Todo ello en el marco de la política de Washington de recurrir a los países “moderados” en la región, como Egipto, Arabia Saudita y Jordania, que habían comenzado a expresar sus temores de las ambiciones de Irán, de la consolidación de un “eje shiita” en la región (que se extendería de Líbano a Irán, pasando por el poder alauita en Siria y los shiitas iraquíes), y de ver crecer la oposición interna (islamista) contra sus regímenes. En un contexto en el que la guerra en Irak dio un nuevo impulso a la movilización shiita transnacional,⁷ la alianza entre Siria e Irán suscita temores casi obsesivos entre los países árabes del Golfo. Esta situación contrasta con el periodo anterior a 2003; basta recordar que el príncipe heredero saudita Abdallah Ben Abdel Aziz había iniciado la normalización de las relaciones con Irán y que ambos países firmaron un tratado de seguridad (lucha contra el terrorismo y narcotráfico) en 2001.

7 El shiismo es la principal rama disidente del islam. Desde la muerte del profeta Mohammad, sus discípulos y miembros se dividieron en torno a la cuestión de la sucesión. Las premisas de la escisión profunda que sacudió al islam en dos grupos, sunitas y shiitas, provienen del asesinato de Ali, primo y yerno del Profeta, y cuarto califa (o sucesor), y después, con el martirio de su hijo Hussein, en la ciudad iraquí de Kerbala, por parte de las autoridades omeyas. A partir de entonces dos memorias colectivas se pusieron en marcha: una, propia de los sunitas, quienes reconocen la legitimidad de los sucesores califales (de los cuales los sultanes otomanos fueron los últimos descendientes); la otra, la de los shiitas, seguidores de Ali, que cuestionan esa legitimidad. Estas dos memorias van a revivir con el fortalecimiento de la identidad religiosa a partir de la guerra de 1967, pero sobre todo de la revolución islámica en Irán de 1979, que reivindica una doctrina shiita militante. Es difícil contar con estadísticas fiables sobre la proporción de las minorías musulmanas. Según cálculos generalmente aceptados, de los alrededor de 1000 millones de musulmanes en el mundo, cerca de 11% son shiitas. Los países del Medio Oriente con mayoría shiita son Irán, Irak, Bahréin y Líbano. En Arabia Saudita son minoría, se concentran en la zona petrolífera y constituyen alrededor de 10% de la población total. Desde 1970 en Siria (cuya población es mayoritariamente sunita), el núcleo del régimen de Damasco está formado de alauitas, una secta del shiismo.

En materia de política exterior, desde que Mahmud Ahmadineyad fue elegido presidente de Irán en 2005, ha optado por el enfrentamiento en dos temas en extremo sensibles para Estados Unidos y Europa: el programa nuclear e Israel. La novedad no está en la introducción de esas dos líneas directrices en la política iraní (ya existían bajo la presidencia del liberal Jatami), sino en el tono de provocación que el ex alcalde de Teherán ha adoptado. Con el fin de disipar el conflicto directo con las potencias occidentales se observa un esfuerzo explícito de Irán por regionalizar la crisis en torno al tema nuclear, para gran descontento de Washington y Bruselas: así puede entenderse la adopción de un grotesco lenguaje antisionista, una presencia cada vez más marcada en Irak, el fortalecimiento de su alianza con Siria y el apoyo que ambos ofrecen al partido y grupo de resistencia libanés Hezbolláh y grupo islamista palestino de resistencia HAMAS. Luego de su visita a Siria en enero de 2006, el presidente iraní Ahmadinejad encontró a los dirigentes de diez movimientos palestinos como el Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General, la Jihad Islámica y el HAMAS. En visita a Damasco, en abril, el ex presidente iraní, Ali Akbar Hashemi Rafsanjani, se reunió en la embajada iraní con líderes de la resistencia palestina incluido Jaled Meshaal de HAMAS, y con Hassan Nasrallah, líder del grupo shiíta libanés Hezbolláh. Un mes después de que Estados Unidos y Europa se negaron a reconocer los resultados de las elecciones que dieron la victoria a HAMAS, Teherán anunció que pondría 50 y 100 millones de dólares a disposición de la autoridad palestina de HAMAS. En el caso específico de la crisis palestina, la ingerencia por parte de Irán forma parte de la estrategia del régimen islámico de regionalizarla como recurso político para posicionarse como líder, no sólo del panislamismo sino también de la causa árabe.

Por su parte, Arabia Saudita mantiene hacia HAMAS un discurso menos virulento que el de El Cairo o Amman, dadas su posición geoestratégica y sus características demográficas e ideológicas, estas últimas relacionadas con su papel de guardián de los lugares santos del Islam y su carácter como representante del Islam sunita.⁸ En la lucha por la influencia regional, Riyad no parece dispuesta a sacrificar a un grupo sunita como HAMAS en nombre de su alianza con Washington -de quien es el primer socio comercial en la región, particularmente en lo que se refiere al armamento-, sobre todo ante el esfuerzo de Teherán desde la llegada al poder en Irán del nuevo presidente Mahmud Ahmadineyad de tejer lazos con HAMAS. Sin embargo, el reino saudita ha debido multiplicar sus esfuerzos para compaginar sus ambiciones regionales con la alianza estratégica que mantiene con Washington.

La invasión estadounidense de Irak en 2003 rompió el frágil equilibrio regional que había existido desde los años setenta; hasta ahora no se ha restablecido un equilibrio de poder estable ni un sistema de seguridad. Sin embargo, una de las traducciones más visibles de los fracasos acumulados de la estrategia de George W. Bush (que persistió durante sus dos mandatos en reducir la resistencia palestina a un asunto de terrorismo instigado por actores externos) es el peso que los actores regionales en Medio Oriente han recuperado para determinar el ritmo de las dinámicas conflictivas y de cooperación, sin que las grandes potencias puedan hacer mucho para evitarlo. Un ejemplo de ello en el tema específico del conflicto palestino-israelí es el acuerdo de la Mecca entre Fatah y HAMAS del 8 de febrero de 2007;⁹ el acuerdo de Doha de 2008 en lo que se

8 El sunismo es la corriente religiosa mayoritaria del Islam. Alrededor de 85% de la población musulmana mundial es sunita.

9 Fatah y hamas acordaron en la ciudad saudita de la Meca un gobierno de unidad que logró alejar el espectro de la guerra civil y puso fin al bloqueo del Ejecutivo palestino prevaleciente desde que hamas

refiere al escenario libanés, o las negociaciones indirectas entre Siria e Israel con la mediación de Turquía.

La región ha vuelto a complicar las estrategias de Estados Unidos y de Europa por otra dimensión que había estado ausente desde los años setenta y que resurgió con fuerza desde la caída de Bagdad: la movilización de las sociedades como actores autónomos y la creciente dificultad que encuentran los regímenes árabes en el poder de alejarlas de lo que ocurre en la región y, en particular, en los territorios palestinos ocupados.

LOS JUEGOS INTERNOS DE PODER Y SU INTERACCIÓN CON LA CRISIS PALESTINA

Desde los años cincuenta, las políticas exteriores de los países árabes permearon las decisiones políticas e ideológicas del movimiento nacional palestino.¹⁰ El arma del nacionalismo árabe o panarabismo constituyó el impulso y arma del movimiento palestino en sus primeros años; hasta la derrota de 1967 el panarabismo movilizaba a los individuos y estructuraba tanto a los regímenes árabes como a la geopolítica regional. Desde el decenio de los setenta, sin embargo, la lucha nacionalista palestina adquirió autonomía y su incidencia directa en la seguridad de los regímenes y Estados árabes decayó

venció en las elecciones legislativas en enero de 2006. El programa político del gobierno de unidad nacional acordado en la Mecca confirmaba la linea pragmática que hamas había decidido adoptar, -wmas convino respetar los acuerdos precedentes firmados entre la OLP e Israel; también aceptó que se estipulara establecer un Estado palestino en las fronteras de 1967 como objetivo nacional del gobierno, lo cual significa que hamas reitera su reconocimiento público al Estado de Israel como un hecho político innegable –si bien también se niega a reconocer el derecho “de existir” ante todo como Estado judío.

10 El nacionalismo palestino se consolidó en el marco de la lucha armada contra Israel emprendida por las formaciones políticas y guerrilleras de resistencia (Y. Sayigh, *Armed Struggle and the Search for a State. The Palestinian National Movement: 1949-1993*, Oxford, Oxford University Press, 2000). Desde su fundación en los cincuenta, relacionada en buena medida con la situación en Gaza, el Fatah pondría el énfasis en la unidad nacional y la búsqueda de un Estado con identidad propiamente palestina, a diferencia del Movimiento de los Nacionales Árabes –padre de los dos principales competidores de Fatah: desde los años cincuenta, FPLP y el FDLR–, que reivindicaban creencias panarabistas.

a medida que estos se fortalecieron. La cuestión palestina conservó gran peso político en los Estados con mayores fisuras sociales, como Líbano y Jordania, y un peso menor en Estados con mayor cohesión social como Egipto.

Desde mediados de los años noventa, y más aún desde que estalló la Segunda Intifada en octubre de 2000, el problema palestino volvió a incidir de manera directa y visible en los sistemas políticos de estos países, incluso los más “impermeables”. Pueden identificarse dos elementos para explicarlo. En primer lugar, la correlación entre política exterior y legitimidad interna se ha modificado. Los régimes árabes no pueden oponerse a la administración estadounidense sin correr el riesgo de la venganza, pero tampoco pueden alinearse totalmente a ella sin que sus sociedades protesten masivamente. Esto último se relaciona con un segundo factor que complica la posición de los gobiernos árabes ante sus propias poblaciones así como ante Israel y Estados Unidos: la influencia de fuerzas y actores no estatales que dan a la situación palestina una renovada resonancia social y transnacional, constituyendo una mecánica de rivalidad y conflicto adicional.

En vísperas de la invasión de Irak los dirigentes árabes tenían la necesidad de calmar a sus opiniones públicas, sensibles ante la Segunda Intifada palestina. Una atmósfera de gran tensión prevalecía entre las poblaciones de la región; se expresó en artículos de prensa y sermones religiosos que exigían congelar la normalización de las relaciones con Israel¹¹. En noviembre, el Cairo y Amman retiraron a sus embajadores respectivos en Tel Aviv en señal de protesta contra la represión israelí de la Intifada, mientras que los países del Golfo insistieron ante los norteamericanos en la importancia de avanzar en las negociaciones sirio-israelíes

11 Al-Quds al-Arabi, 14 de junio de 2000; Gulf News, 31 de octubre de 2000.

del proceso de paz. Durante la cumbre de Amman en marzo de 2001, los países miembros de la Liga Árabe expresaron su apoyo al levantamiento palestino y su descontento ante el voto norteamericano contra la propuesta de integrar una comisión internacional que investigara las violaciones a los derechos humanos cometidas por Israel en los territorios ocupados. Decidieron, además, renovar el boicot árabe con reuniones periódicas de la oficina central del boicot a Israel, cuya sede está en Damasco.¹² Así, el descontento popular ante el impacto humanitario y político de las sanciones internacionales contra Irak y las políticas israelíes del gobierno israelí de Benjamin Netanyahu ofreció a los régimen árabes un margen de autonomía hacia Washington.¹³ Pero, como se mencionó anteriormente, ese margen desapareció después de los ataques del 11 de septiembre y el anuncio de la nueva estrategia neoconservadora para reestructurar la región.

Si bien el panarabismo tal y como el Egipto del presidente Gamal Abdel Nasser lo encarnó en los años cincuenta y sesenta desapareció, ciertos elementos que lo constituían han permanecido vigentes, sentando parámetros políticos y generales a las políticas exteriores de los países árabes en la medida en que sus líderes están conscientes de que sus políticas serán escudriñadas y juzgadas más allá de los confines de sus fronteras territoriales.¹⁴ De manera similar, la evolución que han conocido los medios de comunicación pública y la formación de opinión en la región han contribuido a la

12 Final Statement, Arab summit in Amman, 27-28 de marzo de 2001. Disponible en: <http://www.al-bab.com/arab/docs/league/summit0103.htm>

13 Marc Lynch, "Beyond the Ara Street: Iraq and the Arab Public Sphere", *Politics and Society*, vol. 31, n. 1, 2003, pp. 55-91. El ejemplo más ilustrativo es quizás el de Arabia saudita. Véase Robert G. KAISER y David B. Ottaway, "Saudi Leader's Anger Revealed Shaky Ties: Bush's Response Eased a Deep Rift On Mideast Policy: Then Came Sept. 11", *Washington Post*, 10 de febrero de 2002.

14 Aeed Dawisha, *Arab Nationalism: From Triumph to Despair*, Princeton, Princeton University Press, 2003.

emergencia de una “esfera pública árabe transnacional” que condiciona en mayor medida a la política regional.¹⁵

Basta tomar como ejemplos a Egipto y Jordania. HAMAS es la rama palestina de la Hermandad Musulmana, que desde su fundación en 1928 en Egipto se ha presentado como alternativa al panarabismo y que actualmente representa la principal fuerza de oposición islamista en territorio egipcio. Esto significa que las acciones de HAMAS en los territorios palestinos ocupados siempre tienen un efecto de demostración que El Cairo considera una amenaza a su propia seguridad.

En Jordania, grupos de oposición islamistas como el Frente de Acción Islámica Jordano se pronuncian de nuevo sobre cuestiones regionales, en particular el conflicto palestino-israelí, lo cual también atiza los problemas de legitimidad política del reino. Después de 1988,¹⁶ el *modus vivendi* de la monarquía hachemita con la OLP y la relación con HAMAS a través de la rama jordana de la Hermandad Musulmana permitieron durante años la estabilidad del reino.¹⁷ Sin embargo, a medida que se estancaron las negociaciones palestino-israelíes, que escalaron las luchas intestinas palestinas y que estadounidenses e israelíes han vuelto a hablar de la

15 Véase Marc Lynch, "Anti-Americanisms in the Arab World", en Peter J. Katzenstein y Robert O. Keohane (eds.), *Anti-Americanisms in World Politics*, Ithaca, Cornell University Press, 2007, pp. 196-225, y del mismo autor *Voices of the New Arab Public*, New York, Columbia University Press, 2007.

16 Cisjordania, situada en la parte oeste del río Jordán, fue ocupada por el ejército del rey Abdallah de Transjordania durante la primera guerra árabe-israelí (1948-1949), y oficialmente anexada al reino de Jordania en abril de 1950. Ante el estallido de la Primera Intifada o sublevación palestina contra la ocupación israelí (1988-1993), el rey Huseín de Jordania decidió romper los lazos legales y administrativos con Cisjordania que existían desde 1950.

17 Zvi Bar'el, "Jordan's king is torn between U.S.-Egypt and Syria-Hamas axes", Haaretz, 21 de enero de 2009. Más del 60% de la población jordana es de origen palestino, en su mayoría descendiente de los refugiados de la guerra de 1948. En el curso de los años noventa, en Jordania, la base social de la Hermandad Musulmana cambió al ampliarse su componente palestino; ello modificó la naturaleza del movimiento islamista que había sido uno de los principales apoyos de la monarquía. A partir de entonces, en el contexto de la exacerbación de los enfrentamientos en las zonas de la Autoridad Palestina, la Hermandad reintrodujo a la escena política jordana el problema palestino, que había sido ignorado desde los años setenta.

“opción jordana”,¹⁸ las tensiones internas en Jordania, entre el Estado y la sociedad, se agudizan. Los pronunciamientos y las acusaciones contra el reino del Frente de Acción Islámica muestran la impopularidad de la decisión de la monarquía de apoyar a la formación Fatah contra HAMAS. Las presiones sobre el sistema político jordano seguirán intensificándose en la medida en que el equipo del presidente norteamericano Barack Obama continúe en la línea de su predecesor de apoyar abiertamente a Mahmud Abbas contra HAMAS.

En la prensa árabe se ha señalado a los gobiernos de El Cairo y Amman como cómplices del plan estadounidense de armar y entrenar a una fuerza palestina de hombres de Fatah fieles al jefe de la seguridad Mohammed Dahlan y a la Guardia presidencial que fuese capaz de derrotar a los milicianos de HAMAS, toda vez que Egipto, como Israel y Estados Unidos, temía abiertamente que el éxito de la tregua entre Israel y HAMAS firmada en el verano de 2008 pudiese significar una legitimación tácita del diálogo político con los islamistas. También se ha criticado duramente al gobierno de Hosni Mubarak por su rechazo categórico a reabrir, en su frontera con Gaza, el paso por el cruce fronterizo de Rafah durante la guerra del invierno pasado.¹⁹

Esto no significa que HAMAS, como en su momento el Hezbollah libanés durante su guerra contra Israel en el verano de

18 La “opción jordana” o “par Allon” fue la alternativa que los gobiernos israelíes laboristas se partieron a partir de 1967 para resolver el dilema sobre qué hacer con los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania. Esta opción básicamente proponía que Cisjordania se uniera a Jordania en una confederación política y económica. Dos tercios de los palestinos rechazan la idea de cualquier tipo de unión con Jordania (Reuven Pedatzur, “Israel-Palestine: The return of the Jordanian option”, Haaretz, 2 de julio de 2007; “Most Palestinians Reject Jordan Option”, Jordan Times, 25 de septiembre de 2008).

19 El ejército egipcio garantiza la seguridad de la frontera de Gaza desde que el gobierno israelí durante el gobierno de Ariel Sharon decidió, en su lógica unilateral, desalojar a los asentamientos judíos de esa ciudad y ordenar el retiro del ejército israelí de la misma en el verano de 2005. Varios sectores de la opinión egipcia y árabe consideraron este papel como comprometedor para Egipto (Graham Usher, “Egypt in Gaza”, Al Ahram Weekly, nº 758, 1-7 de septiembre de 2005).

2006, haya logrado desafiar de manera sistemática y eficaz la autoridad de los regímenes conservadores árabes. Tampoco quiere decir que exista una “calle árabe”, lista a movilizarse de manera uniforme con motivaciones y acciones idénticas. La movilización transnacional en favor de los palestinos es un fenómeno muy complejo que se mezcla con frecuencia con reivindicaciones y protestas nacionales de tipo político, económico y social dirigidas contra los autoritarismos de los gobiernos en el poder. Sin embargo, mediante su discurso de oposición y gracias a una creciente autonomía, estos actores no estatales como HAMAS o Hezbollah buscan exponer que la paz con Israel que firmaron los regímenes árabes aliados de Estados Unidos no ha servido para fortalecer la democracia, el desarrollo económico o el estatus internacional de sus países. En el marco de una dinámica cultural, política y de seguridad condicionada por parámetros comunitarios y religiosos desde la caída de Bagdad, las sociedades del Medio Oriente se movilizan y avanzan sus reivindicaciones en un tono anti-americano virulento, formulado con frecuencia como una denuncia contra la intervención extranjera en general y el “complot estadounidense-sionista” en particular. La indiferencia de Estados Unidos hacia la realidad palestina sólo ha contribuido a reforzarla.

En otras palabras, el creciente poder político de grupos como HAMAS o Hezbollah causan dilemas que van más allá de Palestina o de Líbano. Para el público regional y árabe que simpatiza con ellos, estos grupos se volvieron modelos de acción política y militar. Ello no sorprende, ya que los islamistas se apoyan en los dos fundamentos de la legitimidad política en la región: el nacionalismo y el islam. Lo que sucede en Palestina sigue siendo la vara con la que se miden las agresiones externas, y la

referencia prioritaria que las poblaciones árabes, musulmanas o no, tienen de la política norteamericana. Así lo ilustran tanto las múltiples y masivas manifestaciones civiles en las calles de varias capitales árabes, como las encuestas de opinión.²⁰

Lo que ocurre en los países islámicos del Medio Oriente en particular, y en buena medida también en Israel, confirma la realidad de los movimientos religiosos como actores políticos, una realidad que en el caso israelí se inscribe en el marco de la difícil armonización entre los cánones clásicos de la democracia a los que el sistema político israelí responde y su definición como Estado judío, y en el caso de los países árabes en el tema de la persistencia de regímenes autoritarios. El espectro del islamismo se integró claramente a la agenda de seguridad de los países árabes; como actor no-estatal, el islamismo condiciona progresivamente y ampliamente las voluntades de liderazgo agregando un eco social y transnacional mayor que en el pasado. Al recurrir a sus políticas exteriores para competir por el liderazgo regional, alejar el espectro de toda oposición organizada, empezando por los islamistas, y mantenerse en el poder, los países árabes no logran de manera individual ni colectiva enfrentar de manera constructiva el reto que para la región y sus propias sociedades representa el problema palestino.

OBSTÁCULOS RECURRENTES, HORIZONTES LIMITADOS

La masacre en Gaza de 2008 sacó a la luz las persistentes divisiones del mundo árabe y el vacío de poder que contribuyen

20 Una encuesta de 2002 reveló que la atención accordada en los países de la región a la información sobre Palestina es superior a los programas de entretenimiento en Jordania, Kuwait, Arabia saudita, Marruecos y Líbano: 80% de la población de los primeros cuatro y casi 70% de la población libanesa siguen de cerca lo que ocurre en Palestina (The Gallup Poll, abril de 2002).

a perpetuar. La operación militar israelí contra Gaza polarizó a la región entre los aliados de Estados Unidos, Israel, Arabia Saudita, Egipto, Jordania, la OLP y Fatah, identificados como “el frente a favor del proceso de paz”, y el llamado “frente de resistencia” integrado por Irán, Siria, Hezbollah, HAMAS y Qatar.²¹

Uno de los elementos principales que el presidente Barack Obama señaló en su discurso en El Cairo el 4 de junio de 2009 es el de la necesidad de abandonar las estrategias militares que la administración Bush privilegió y, en su lugar, adoptar una lectura política de las crisis que afligen a las poblaciones de la región, comenzando por la más importante y prolongada de todas, la palestina-israelí. Obama ha insistido ante el gobierno israelí en el imperativo de congelar la colonización de Cisjordania, algo que el primer ministro Benjamin Netanyahu se niega a hacer sin que por ello su gobierno sea sancionado financieramente.

Sin embargo, la administración Obama sigue reconociendo a Mahmud Abbas como el único interlocutor palestino legítimo, y continúa ayudando a sus fuerzas de seguridad sin que esa tarea se acompañe de progresos políticos sustantivos, lo cual sienta bases para una nueva ronda de conflicto intra-palestino. Más aún: la administración Obama sigue basándose en el paradigma de “la seguridad a cambio de la paz” que privilegia una solución militar del conflicto y que favorece la multiplicación incesante de implantaciones judías en las ciudades de Cisjordania.²² Siguen apoyándose en sus aliados

21 En efecto, Qatar, pequeño país árabe del Golfo que aloja en su territorio bases norteamericanas, que tiene relaciones con Israel, y cuyo emir pretende erigirse como el campeón de las reformas políticas y económicas en el mundo árabe, ha tendido a adoptar posiciones cercanas a este “frente de resistencia”, en particular en los teatros de conflicto palestino y libanés. Al parecer se trata de una táctica que se relaciona, en el ámbito interno, con problemas relacionados con una identidad nacional cuestionada, y en el ámbito de la seguridad nacional con el objetivo de contrapesar la influencia de su poderoso vecino Arabia Saudita.

22 En 2008, diversos reportes de la Unión Europea y de organismos no gubernamentales israelíes constatan que la construcción de asentamientos judíos en Cisjordania aumentó significativamente. Un diario

del “Cuarteto”, especialmente la Unión Europea, cuya credibilidad en el mundo árabe actualmente es muy débil por decir lo menos, después de que Bruselas se negó a reconocer el resultado de las elecciones palestinas de 2006 que dieron democráticamente la victoria a HAMAS.

Obama y su equipo no parecen haber dejado totalmente de lado las categorías semánticas de “Estados radicales” y “Estados moderados”; a Damasco se le sigue exigiendo, como en tiempos de George W. Bush, que abandone de manera incondicional y previamente a cualquier negociación con Israel, su apoyo a HAMAS y al Hezbollah libanés, que estadounidenses y europeos siguen considerando “terroristas”. Las relaciones de Siria con grupos de oposición regionales constituyen para el régimen de Damasco una carta de negociación simbólica y estratégica importante, a pesar de que ya no puede manipular la carta palestina para disuadir al enemigo como en el pasado, no sólo porque, a diferencia de su predecesor Hafez al-Asad (1970-2000), el presidente Bashar al-Asad no maneja la especialidad de dividir y manipular a los grupos palestinos de la disidencia, sino porque el nuevo escenario regional desde la caída de Bagdad que se ha descrito no le permiten hacerlo.

Frente a la descomposición del sistema regional, resulta conveniente regresar al principio que presidió los esfuerzos de paz en los años noventa: la estabilidad del Oriente Próximo pasa necesariamente por la aplicación del derecho internacional, esto es, el retiro israelí de los territorios ocupados de Gaza, Cisjordania y el Golán sirio. Parece una fórmula pasada de moda para algunos dirigentes y analistas, sobre todo después de

israeli reveló que no menos de 75% de esas implantaciones se han construido de manera irregular desde la perspectiva misma del derecho israelí (Uri Blau, “Secret Israeli database reveals full extent of illegal settlement”, Haaretz, 1 de febrero de 2009). Léase también Akiva Eldar, “Israel planning mass expansion of West Bank settlement bloc”, Haaretz, 27 de febrero de 2009; “Report: EU accuses Israel of ‘pursuing illegal annexation’ of East Jerusalem”, Haaretz, 7 de marzo de 2009.

la victoria electoral de Benjamin Netanyahu en las elecciones en Israel de febrero de 2009 y debido a la debilidad del liderazgo palestino. También parece un camino imposible de tomarse frente a la lectura política que se le ha dado al conflicto desde finales de los noventa, enmarcada en la perspectiva de la lucha contra el terrorismo, el choque de civilizaciones, la amenaza islámica y el resurgimiento del antisemitismo.

Sin embargo, parece ser la única viable, dada la asimetría de poder que caracteriza a las relaciones entre los protagonistas locales, regionales e internacionales. Más aún, la indiferencia de Estados Unidos hacia la realidad palestina sólo ha contribuido a reforzar el tono antiamericano virulento en el que las sociedades de la región expresan sus reivindicaciones.²³ El presidente Barack Obama deberá, sin duda, tomar en cuenta en su política regional la decepción general prevaleciente entre los gobiernos y las poblaciones árabes ante el fracaso del proceso de paz iniciado por los acuerdos de Oslo (1993), así como del nuevo radicalismo israelí consagrado en las urnas en febrero de 2009.

Cualquier afirmación sobre la paz que se quiera negociar y la que se pueda alcanzar será evidentemente una conjetura, lo cierto es que se impone la necesidad de iniciar negociaciones con el conjunto de los protagonistas, incluidos aquellos como HAMAS o el Estado sirio. Lejos de las promesas huecas de la llamada Hoja de Ruta²⁴ o de los proyectos de anexión

23 Véase al respecto una de las encuestas más recientes dirigidas por la Universidad de Maryland, encabezada por Steve Kull: "Muslims still don't like al-Qaeda or the U.S.", publicada el 25 de febrero de 2009. Disponible en: http://www.worldpublicopinion.org/pipa/pdf/apr07/START_Apr07_rpt.pdf

24 Con el fin de calmar las crecientes tensiones sociales y políticas en los países árabes aliados de Estados Unidos, como Arabia saudita, Egipto y Jordania, Washington presentó la llamada Hoja de Ruta (Road Map). Dicho documento, avalado por los miembros del que se denominó el "Cuarteto" (Unión Europea, Rusia, Naciones Unidas, Estados Unidos) definía una serie de etapas conducentes a la creación de un Estado palestino en diciembre de 2005. La Hoja de Ruta padecía de importantes ambigüedades y lagunas (ante todo no preveía sanción alguna en caso de su violación) y se basaba en la definición de plazos que, aunque cortos, eran susceptibles de favorecer el inmovilismo político de ambas partes, como

territorial israelíes, se estaría en mejor posición para exigir una postura más pragmática a estos actores estatales y no estatales si se les propusiera de nuevo la única opción que puede sentar bases reales para resolver los problemas de la región: territorio a cambio de paz.

la lógica itineraria de Oslo ya había demostrado. A pesar de lo anterior, Israel impuso catorce reservas a este texto para modificar su cuadro jurídico, las modalidades de la aplicación y los mecanismos de su supervisión. La Hoja de Ruta incluyó las observaciones contenidas en el reporte elaborado en 2001 por el senador estadounidense George Mitchell, sobre la necesidad de que Israel "congele toda actividad de asentamientos, incluyendo el 'crecimiento natural' de los asentamientos existentes".